



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 12.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Marzo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 15.

SUMARIO.

Viernes Santo, por don Francisco Jimenez Campaña. —Tengo sed, por don Paulino Ortiz. —Magdalena, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. —La via dolorosa. —Maria al pié de la Cruz, poesía, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

VIERNES SANTO.

MEDITACION.

El cielo tiene hoy ligeras nubes que le empañan, y presenta un aspecto de tristeza mucho más sombrío que el de las tardes melancólicas de otoño.

El viento gime entre los árboles con apenada voz, y no levanta en el alma su jemido recuerdo de dichas perdidas, sino gritos de remordimientos y suspiros de contricion.

Hay señal de duelo en el semblante de los que cruzan las calles con lento paso en direccion al templo, y signos de pesar (disimulado con visos de incredulidad) en los que se alejan de la casa de Dios con pié ligero, como si en

ella hoy hubieran de rendir cuentas de todos sus delitos.

—Déjame vivir en esta vida,—van ellos respondiendo á su conciencia, que se despierta hoy del sueño del crimen sobrecogida de terror; yo amo las cosas del mundo, y en él tengo toda mi dicha completa; por qué he de pensar hoy en la otra vida, ni he de dejar que me arrastren mentidas supersticiones?

Ah! el mundo, el mundo es tu fin, donde la vida es una muerte; donde amancillan tu honra y te desdoran la fama! ahí donde te roban la hacienda y te hiere el puñal del asesino! ahí donde desaparecen los seres que más quieres y te cercan los seres que más odias! ahí donde es un instante lo que se rie y toda la vida lo que se llora! ahí donde la justicia es una mentira, porque se premia la maldad y se castiga la inocencia! ahí donde el hambre te acosa, y la peste diezma la familia, y el fuego te consume la casa, y la guerra te enluta, y el hermano te olvida, y el amigo te vende! ahí donde hay flaqueza de inteligencia en la niñez, flaqueza del corazon en la juventud, flaqueza del alma en la edad provec-ta y flaqueza de vida en la vejez! ahí donde

no hay deseo que se cumpla, ni placer que no se agoste, ni dolor que no razone! ahí quieres poner tu fin y no quieres que te hable del cielo, hoy que por la sangre de un Dios derramada, se echa á la tierra mística escala para que las almas lo asalten! Dime, avaro, que tienes los cofres llenos de oro, eres feliz con tu codicia? No apeteces poseer más, ni se acongoja tu corazón cuando ves echados por tierra los planes de tu avaricia? Ah! sí, yo sé que tu sueño no es tranquilo! yo sé que te despiertan terribles pesadillas, y en el ruido de la madera que cruje, crees percibir los pasos del ladrón que asalta tu casa! yo sé que andas escaso en el comer y pobre en el vestir, y que vuelves la espalda al mendigo y pones torvo ceño al pariente necesitado por allegar otra miserable moneda á tu escondido tesoro! yo sé que cuando caminas te haces escoltar por la mano de la justicia, tú, avaro, que eres el secuestrador de la hacienda ajena, por miedo á los secuestros! y yo sé, en fin, que siempre andas agitado de terror, como el que está al borde de un abismo.

Qué dices? que no eres avaro del dinero porque esa especie de codicia le avergüenza, y que solo deseas que tu nombre sea llevado á las cuatro regiones por la trompa de la fama? Dices que desprecias el oro y codicias la gloria? Pues ya la tienes en tus manos; mírala bien; es una diosa que te corona de laurel las sienes y que pone sobre tus hombros manto de púrpura y te señala con el dedo, mostrándote á la apiñada muchedumbre que besa con delirio la orla de tu manto: oh! qué felicidad! ¿Felicidad? Mentira! que allí se descubre livida por la ira la faz de la envidia que te hace estremecer, y allá al ambicioso que malas artes juega para hacerte caer de tan encumbrado asiento, y acullá al calumniador que secretamente hunde la mano en el cieno para arrojarlo sobre tu frente, y luego avanzan las sombras de la noche llenas de temores y sobresaltos, y los ensueños de más deslumbrante fama y de más alto renombre. Esa es la gloria: hasla ido á besar, y te has punzado los labios, y aún la llamas felicidad, y no quieres que te la arrebatén.

—No, esa no es la felicidad, la dicha consiste en el amor.

Y qué es el amor en la tierra, sino día sin luz, noche sin sueño, mar irritado, esperanza loca, celos que desesperan, prision oscura, pena del alma y congoja del corazón? Y en este día oscuro quieres vivir? Y en esta noche sin sueño gustas descansar? Y en esta hedionda

prision quieres hallar la paz del alma y la dicha del corazón? Ah! tú has perdido el juicio, y día es hoy de que salgas de esa locura tan rematada que no te deja vivir. Hoy, más que otros días, parece que el cielo se abre á la misericordia en esas nubes que se rasgan, dejando ver á trechos la bóveda azulada; hoy parece que hasta los vientos impelen á la casa del Señor; hoy todos los movimientos del corazón son impulsos al bien; hoy todas las centellas de luz con que es alumbrada la inteligencia, parece que parten de los ojos de Jesús que vierte lágrimas de amor sobre el monte de las calaveras, para que las almas no lloren eternamente. Anda, vuélvete al templo; allí está Él pendiente de una cruz como un día lo alzaron en el calvario, y delante tiene la inmensa muchedumbre, que ya regenerada con el precio de su sangre, se prosterna en adoración sin que salga de sus labios palabra de blasfemia, como en aquel triste y oscuro día, sino voces de contrición y hondos gemidos de arrepentimiento. Allí no se oyen los golpes del martillo que enclava al Justo en la cruz, sino las manos, que arrepentidas de aquellas inauditas crueldades, hieren los pechos llenos de pesar como el del contrito Centurión. Ven al templo, hoy no retumba por sus bóvedas la voz sonora del órgano que preludia himnos de alabanzas al Señor; que hoy las almas hacen música más grata á los oídos de Dios, elevando condolidos suspiros de penitencia. Hoy, María, la Virgen Madre del Hijo de Dios, no está sola al pie de la cruz, contemplando entristecida el bárbaro suplicio de Jesús; hoy la acompañan sus hijos en la hora de la amargura; hoy nadie se queda en Jerusalem, mientras el Justo pende de la cruz; hoy se dan al olvido los placeres, y todos suben al monte Calvario en alas de la devoción á contemplar con dolor profundo cómo murió el Redentor, para darnos vida. Vuélvete al templo, alma insensata, no quieras tú ser del número de los que hoy, como en aquel día, mueven la cabeza en señal de burla, y aplauden con sus manos la muerte del hombre-Dios.

Francisco Jimenez Campaña.

TENGO SED.

Jerusalén maldita;

¿No escuchas de tu Dios doliente acento?

¿Á la cumbre bendita

No acudes al momento

Para calmar su bárbaro tormento?

¿No sientes, pueblo impío,
Del divino Jesus la amarga pena?
En tu crimen sombrío;
Tu corazón de hiena,
Dejará en la amargura al que condena?

Mira sus labios secos,
Do raudales purísimos brotaban;
Y á cuyos dulces ecos,
Las fuentes murmuraban,
Y su furor los mares aplacaban.

Oye su triste acento,
«Yo tengo sed» clamando en la agonía;
Tu Dios está sediento,
¿Y en tan funesto día,
Aun no calmas su sed, ciudad impía?

¿Mas ¡ay! que no respondes
Al que muere por tí crucificado,
En tu impiedad te escondes
Viéndole desolado,
Y, á la sangrienta burla, abandonado.

También tus tristes hijos,
Por tu tremendo crimen sin segundo;
Con afanes prolijos
Y con dolor profundo
Serán burla y baldon de todo el mundo.

Y vivirán errantes,
De la gloria de Dios siempre sedientos;
Y llorando incesantes,
Los crueles tormentos
Que sufre el que creó los firmamentos.

Paulino Ortiz.

MAGDALENA.

(Conclusion.)

Los compañeros de Jesus contemplan absortos
á aquella mujer, mas hermosa aun en medio de
su aflicción y su desalino que cuando cubierta
de brocados y púrpura y pedrería, atravesaba las
calles de la ciudad con el soberano aspecto de
una reina.

Sin embargo, nadie se atreve á interceder por
ella, y Magdalena llora arrodillada aun, y con
el rostro oculto entre sus blancas y pequeñas
manos.

Simon solamente, Simon que ha visto mil ve-
ces á la hermosa pecadora correr delirante en
pos del placer, llevando como enloquecido corte-
jo, la vanidad, el orgullo, el lujo, la disolución
y el frenesí, teme que el aliento de su boca man-

che el aire que respira el Hijo de Dios; teme que
Jesus se escandalice de verla en aquella casa, y
con un ademán espontáneo y rápido se acerca á
ella para apartarla acaso de aquel sitio, acaso
para arrojarla de aquella casa, santificada en
aquel momento con la presencia del Hombre-
Dios!

Mas ¡ay! aquel que lee en los corazones, aquel
para quien no queda oculto uno solo de nuestros
pensamientos, adivina la intención de su hués-
ped, y con un movimiento reposado y dulce le
detiene, apoyando al par su diestra sobre la in-
clinada cabeza de la joven.

Después, con un acento tan suave como la
misericordia, y tan sereno como la paz,

—Simon, exclama, fijando en aquel hombre la
mirada incomprensible de sus divinos ojos; si
tú fueses rico, tan rico que todos los tesoros de
la tierra estuviesen contenidos en tu sola dies-
tra, y tuvieses dos deudores á quien hubieses
confiado diferentes sumas, dando al uno quinien-
tos dineros, y solo cincuenta al otro, di, ¿cuál
de ambos te debería mas?

—Sin duda el primero, Señor; contestó Simon
asombrado de aquella pregunta.

—Y si por un exceso de generosa abnegación
perdonaras su deuda á ambos, ¿cuál de los dos,
Simon, cual de los dos debería profesarte mas
amor y mas inmensa y mayor gratitud?

—El primero también, puesto que á él hacía
mas grande beneficio; repite Simon de nuevo.

—Hé aquí el por qué esta mujer me ama con
un amor que tú ni aun comprender pudieras! di-
ce lentamente Jesus, fijando una mirada amoro-
sa en Magdalena; hé aquí por qué sus lágrimas
han mojado mis pies, y por qué las enjuga con
el perfumado velo de sus cabellos. Levanta,
Magdalena, levanta y vete en paz, porque tu
alma, santificada por tu dolor y por tu arrepenti-
miento, queda desde este instante mas blanca
que la nieve que corona las cimas del Hebron,
mas que las espumas del ancho mar de Tiberia-
des, y mas que las estrellas que bordan en las no-
ches serenas el tranquilo cielo de Judea. No llo-
res y vete en paz, porque tu fé te ha salvado, y
de generación en generación pasará tu nombre
unido al mio, siendo emblema del amor que
redime y del amor que purifica.

Magdalena se levantó, y por primera vez se
atrevió á fijar sus grandes y brillantes ojos en
el rostro de su Salvador. En aquella mirada iba
envuelta toda su alma; sus labios de rosa se
movieron imperceptiblemente, pero al ir á pro-
nunciar una frase exhalaban solo un suspiro.

Echó hácia atrás sus destrenzados cabellos,
que la envolvieron como un amplio manto de

encaje de oro; cruzó las manos sobre el ya ino-
cente pecho, y salió de la estancia llevando un
cielo de castas venturas y de santas esperan-
zas en el fondo de su alma.

II.

La noche ha extendido su velo de sombra por
las desiguales plazas de Jerusalem.

La multitud, que durante el día las ha invadi-
do por doquiera, ha desaparecido casi completa-
te, y solo algun grupo de centuriones las recor-
re de vez en cuando, obedeciendo las órdenes de
Poncio Pilatos, gobernador de la Judea.

A pesar de la oscuridad y del silencio, una
mujer con paso rápido y ligero, cruza algunas
tortuosas y estrechas calles, dirigiéndose sin
duda al palacio del gobernador.

Envuelta en un oscuro manto que cubre en-
teramente su faz, se adivina que sufre y que
padece por los suspiros que de vez en cuando se
escapan de su trémulo labio.

Dudosa, vacilante, mira con afán aquella som-
bría casa, como si dentro de sus muros se en-
cerrase la mitad de su alma, y vaga en torno de
ella como el triste pajarillo vuela en torno del
nido de los hijos que le han robado.

De pronto un grito indefinible manifiesta que
algo de extraño y de inesperado agita todo su
ser.

Y acelera el paso, y extiende las manos, y
guiada por el incierto resplandor que sale de
una estrecha ventana, llega hasta allí, y abrien-
do desmesuradamente los ojos, mira hácia el in-
terior con un afán indescriptible.

Aquella mujer es Magdalena, es la antigua
pecadora, es la hermosa regenerada, que llora
buscando al amado de su alma, preso aquella
noche en el palacio de Pilatos.

Mas ¡ay! ¿qué es lo que ha visto la afligida
jóven, que así hace palidecer sus mejillas, tor-
nando en nácar sus purpúreas rosas?

¿Qué es lo que ha visto que su corazón exha-
la un gemido de angustia, y de sus ojos brota
un raudal de abrasadoras lágrimas?

Ha visto á la luz de sus ojos, al árbitro de su
suerte, al dueño de su corazón, á su Salvador
en fin; pero le ha visto cubierto de heridas, lle-
no de sangre: apagado el brillo de las miradas
que iluminaban el espíritu, místico el amante
labio, de donde la misericordia y la verdad ema-
naban: descompuesto el semblante en que la
hermosura y la majestad tenían su asiento, tro-
cado en noche oscura el apacible día, converti-
do en centro de dolor y muerte el que lo era de
alegría, de vida y de bien!

¡Oh! Magdalena, Magdalena, ¡infeliz de tí! ha-
berle amado tanto para mirarle de ese modo!

Vuélvete á tu castillo de Magdalo, torna á los
hogares donde tu niñez corrió apacible y ventu-
rosa, y abandona á la ingrata Jerusalem, cuyos
hijos van á trocarse en sangrientos verdugos.

Mas ¡ay! que lejos de huir de aquellos sitios
de muerte, quieres permanecer en ellos y ago-
tar con tu maestro el horrible cáliz de su amar-
gura!

Y te aproximas mas á aquella reja tras de cu-
yos hierros una veintena de soldados maltratan
y escarnecen á tu inocente bien, y le miras su-
frir sin poder defenderle, y le ves desfallecer sin
que te sea dado volar á socorrerle!

¡Oh, Magdalena, Magdalena! muy culpable
has sido, pero muy grande también va á ser la
expiación de tus pecados, porque tu amor es in-
menso é infinito, é inmenso va á ser también el
dolor que torture tu alma.

Y las horas marchan unas en pos de otras, co-
mo una procesion de enlutados fantasmas, y la
antigua pecadora las vé pasar asida á los hier-
ros de aquella reja, sin que sus dedos crispados
se atrevan á soltarles por un momento!

Y aunque ni una palabra, ni una frase puede
formular, sus ojos fijos en Jesus le envían el al-
ma entre una mirada empapada de lágrimas.

¡Oh! en aquella noche cruel, borró Magdalena
sus pasados errores, y si el sufrimiento purifica,
limpia y pura quedó su conciencia, como la de
los inmaculados serafines que, velada la frente
entre negros crespones, iban escribiendo en su
libro de oro los infinitos tormentos del inocente
Redentor.

III.

Jesus ha sido condenado á morir! El pueblo
deicida que le ha contemplado escarnecido, con
un cetro de caña en la mano y un manto de púr-
pura sobre los hombros, no contento con los do-
lores agotados, grita en su frenesí, haciendo de
mil voces una tan solo, y pide la muerte y la
crucifixion del Justo á quien antes aclamaba su
Salvador.

Ni un acento siquiera se ha levantado para
defenderle y para proclamarle sin culpa, y una
vez declarado reo, los aprestos de la muerte se
han sucedido con la rapidez del relámpago que
precede al estallar del trueno.

Todo ha estado pronto, desde las espinas has-
ta los azotes, desde los verdugos hasta la Cruz.

Y ya la terrible comitiva cruza las puertas de
Jerusalem, y seguida de una inmensa muchedumbre,
emprende la tortuosa y áspera senda

que conduce al monte de las Calaveras.

Allá van todos á teñir sus manos en la sangre de un Dios! allá van todos á gozarse en el espectáculo de su tremenda agonía!

Mas ¿quién es aquella mujer que corre, abriéndose paso por entre la apiñada multitud? por qué lleva desceñida la tosca túnica, suelto el hermoso cabello y destocada la blanca sien? por qué en su bella faz lleva impreso el terror y el espanto, y en su cárdeno labio el ¡ay! del dolor?

Sus piés heridos por las piedras del camino apenas pueden sostenerla, y sin embargo hace esfuerzos supremos por seguir adelante, y aunque jadeante y sin fuerzas, corre siempre como si un poder superior le impidiera quedarse atrás.

Y nadie la compadece, nadie acude á prestarle su apoyo, como nadie pudiera abreviar la agonía de un alma que espía sus culpas en el crisol de la penitencia y el dolor.

Vá sola, sola como los lirios del valle de Zabulon; sola como el añoso cedro que cimbreaba en la cumbre del Líbano; sola como el pesar, sola como la aflicción, sola como un cielo enlutado y sin luz.

Y la hora terrible se acerca, y Magdalena, sin ver nada de cuanto la rodea, y venciendo sin embargo cuantos obstáculos encuentra á su paso, arriba á la cumbre del Gólgota, donde en aquel momento se alza en la Cruz el cuerpo de Jesus.

Magdalena da un grito; grito terrible de desesperación indefinible, que llena el espacio, que desgarrá el corazón, y que viene á espirar en el alma de otra mujer doliente cual ella, y cual ella sumida en inmensa aflicción!

Es María, es la Madre de Dios, es la purísima co-redentora del hombre, que ocupa su puesto al pié de la Cruz.

Magdalena, por un instinto de su alma, quiere correr hácia ella, quiere ampararse en el corazón de la Madre, ya que van á extinguirse los latidos del corazón del hijo; pero ¡ay! un pensamiento cruel la detiene. ¿Cómo la pecadora arrepentida podrá unirse á la concebida sin pecado? ¿cómo la encendida amapola mezclará su perfume al de la azucena inmaculada? ¿cómo, en fin, ella, la mujer manchada por la culpa, se atreverá á acercarse á María, la castísima Madre de Jesus.

El encendido color de la vergüenza tiñe la hermosa frente de Magdalena; todo el horror de su vida pasada se interpone entre ella y la que es Reina de las Vírgenes, y aunque daría su vida entera por besar la orla de su túnica, se de-

tiene confusa y no se atreve á dar un paso ni á formular una súplica.

María, sin embargo, adivina lo que pasa en el alma de aquella mujer: sabe que su hijo la ha perdonado: sabe que el amor divino acaba de regenerarla, y ella que va á ser constituida Madre de los pecadores, fija sus ojos en aquella frente inclinada, extiende las divinas manos, y con una voz dulce y triste, y amorosa y blanda,

—¡Hija! exclama; si tú le amas tanto, ven á mi lado y lloremos por él!

Magdalena escucha arrobada aquella amantísima voz; por un momento olvida su duelo, por un momento olvida su mal: todas las delicias del cielo inundan su corazón y corre á precipitarse á los piés de la Virgen, gritando con una voz del corazón:

—¡Madre mía!

La doliente María la recibe en sus brazos, y ambas se apoyan al pié de la Cruz.

Y allí unidas, como dos pobres flores guarecidas bajo un mismo tronco, simbolizan la pureza y el arrepentimiento, la inocencia y la penitencia, las dos sendas seguras que nos conducen hasta Dios!

Aquellas dos mujeres permanecen un instante estrechamente ligadas, como el consuelo y la esperanza, como la fé y el amor.

Pero de pronto ambas se estremecen, ambas exhalan un gemido, llevando la diestra al corazón.

Jesus habla desde la Cruz!

Su acento penetra en sus almas, y las dos alzan la inquieta mirada y prestan oído, porque las dos esperan una palabra de Aquel por quien mueren de angustia y dolor.

El divino Mártir pide por sus enemigos, da parte en su reino al venturoso Dimas, y calla un momento, antes de hablar por tercera vez.

¡Ay! sin duda la frase que va á salir de su cárdeno labio cuesta un gran esfuerzo á su corazón.

Con ella va á despojarse de su tesoro mayor en este mundo, para legarlo al hombre! con ella va á herir el alma de su pura Madre!

—¡Mujer, vé ahí á tu Hijo! ¡vé al que ha de reemplazarme junto á Tí! dice con voz doliente el divino Jesus.

María escucha aquella palabra atónita y desolada; su Hijo no la ha llamado Madre!

Pero ¡ay! al menos se ha dirigido á ella, la ha expresado su voluntad, la ha dejado una alta misión que cumplir!

Magdalena pasa una mano por su pálida frente, echa hácia atrás sus blondos cabellos, porque no la impidan oír aquella voz.

¡Tal vez despues de pensar en la Madre pura

pensará en la pecadora arrepentida: tal vez el maestro adorado tendrá un recuerdo para la pobre y dócil discípula!

Pero Jesús llama á su padre, lamentando su abandono; se queja de la sed que le abrasa, anuncia que todo está terminado, y ¡ay! encomienda su espíritu en manos del Padre!

Pobre Magdalena! pobre flor combatida por los huracanes de la vida, sin tener ya una rama que la preste apoyo; ¿cómo podría resistir aquella tempestad horrible?

Por que ella no estaba dotada como la purísima Virgen María de una santidad, y de una fuerza sobrenatural y divina. No había sido como la rosa de Nazaret escogida y creada para Madre de un Dios; no estaba formada como aquella para agotar con su Hijo los sublimes dolores, y las inmensas amarguras que debían redimir al mundo y salvar á la humanidad! No: Magdalena era una pobre mujer sujeta á todas las fragilidades y á las debilidades todas de la mísera naturaleza humana.

El dolor la abatía, la aflicción la desconsolaba; la aterraba la muerte y la espantaba el aislamiento en que su alma iba á quedar.

Mas ¡ay! ¿á que hablar de su soledad? ¿á que hablar de su abandono? ¿no estaba allí la Virgen María? no estaba allí la Madre de Dios, su Madre amorosa desde aquella hora? ¿que desamparó puede llorar, que horfandad puede afligir á el alma que se acoge al amor de la Reina del cielo?

Oh! Magdalena, Magdalena, personificación eterna del pecador arrepentido; alza tu hermosa sien: no llores: si Jesús ha muerto, allí está María para alentarte y para sostenerte en la senda del bien. Si su labio no te ha dirigido una frase, ni sus ojos una mirada; ¿qué importa si en tí pensaba cuando la ha dicho: «Ve ahí á tu hijo?» Oh! con esa palabra que pronunció muriendo, y cuyo eco resuena aun en el corazón de la humanidad, quiso decirte: «Ahí tienes una medianera entre tu pecado y la justicia de mi padre; ahí tienes tu consuelo, porque Ella de consuelo es fuente: ahí tienes tu esperanza, porque de la esperanza es el áncora cierta! si vacila tu pié en la estrecha vereda del bien, pronuncia su nombre, y su mano se tenderá para sostenerte. Si te miras expuesta á extraviarte en los revueltos senderos del mundo, invoca su amor, y en sus ojos encontrarás la luz que te alumbra y el esplendente faro que te guía!

Si el dolor te abate, si la cruz te fatiga, si la amargura te aniquila, ahí está ella, ahí está siempre, pronta á auxiliarte y á velar por tí! Oh! pide, pídele siempre con la confianza de una

hija, que ella te escuchará con la ternura de una madre, porque como tal la dejó en herencia á los desamparados pecadores!»

¡Oh! bendita sea esa palabra que nos abre un cielo; templa tu dolor Magdalena, templa tu dolor, por que al ser hija de María, ya no estás sola en este mundo, una parte del corazón de tu amado Jesús queda contigo, en el amor de la Reina del cielo!

Y así es en efecto.

La pecadora convertida no se separa ya de la madre viuda.

Y juntas al pié de la cruz pasan las horas que aun quedan de día! y juntas miran á los piadosos varones descolgar del santo leño el divino cadáver! y juntas le pierden de vista cuando la losa del sepulcro fría y pesada cae sobre él!

¡Ay! Dios sin duda escogió á Magdalena y la unió con María en la cumbre del Gólgota, para alentar nuestra esperanza, y mostrarnos que hay dos solos caminos que nos conducen hasta Él; el uno se llama la pureza, esta sembrado de rosas, y María nos precede en él: el otro se llama el arrepentimiento, esta regado con lágrimas, y Magdalena le abre paso, ¡pero al fin de ambos está Dios!

IV.

La hermosa doncella de Magdalo fué fiel en adelante á la gracia del Salvador.

Después de tener la dicha de que su amado maestro se le apareciese en el momento de su gloriosa resurrección, antes que á ninguno de los otros discípulos, y de verle subir á los cielos, acompañó á la Santísima Virgen á Efeso, y pasó á su lado los días que tan dulce madre habitó aún entre los hombres.

Mas tarde, cuando la Reina de los Ángeles abandonó este valle de lágrimas, Magdalena se retiró á la gruta del santo Balsamo, donde por espacio de treinta años se entregó á las mas crueles y severas penitencias. Allí murió, y sin duda desde allí los serafines llevarían su espíritu á los brazos de Aquel, cuyo amor lava las culpas y santifica á los pecadores.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA VÍA DOLOROSA.

La Iglesia, después de habernos llevado al desierto con el Hijo de Dios, nos llama hoy á la vía dolorosa que este divino Salvador va á recorrer desde el huerto de los olivos hasta el Calvario. Acérrese el domingo de Pasión, y hácen-

se los preparativos para la celebracion de los funerales del Hombre-Dios. La Iglesia está sumida en el llanto, al paso que todo denota el duelo público. Suprimese en la Misa el salmo *Judica*, como en las misas de difuntos. Ni en los responsos, ni en el Invitatorio del oficio, ni en la Misa se reza el *Gloria Patri*; las cruces, las imágenes y los cuadros están cubiertos con fúnebres crespones. Los sagrados ministros solo usan ornamentos de color morado, esto es, entre negro y encarnado, como doble representacion de la sangre y de la muerte.

En la Misa del domingo de Pasion, la santa Esposa del Hombre-Dios dirige sus pasos hacia la cumbre del Calvario. Allí San Pablo en su epístola nos refiere la muerte de la gran Víctima del género humano, y nos dice que solo su sacrificio era capaz de expiar el pecado, pues que los sacrificios antiguos no eran mas que una figura del de la Cruz. El Evangelio nos recuerda la entera inocencia y la divinidad de la Víctima, y el crimen de los judios obstinados que, no obstante la evidencia de los milagros y la santidad de la doctrina del Salvador, forman el inicuo proyecto de inmolarle. Este Evangelio nos indica ya por si solo que la Pasion, el Calvario, la Cruz, van á fijar la atencion de la Iglesia. Asi, cuando en el templo santo todo denota luto, los sacerdotes cantan, á la hora de vísperas, con voz pausada y solemne, el himno de San Fulgencio: *Vexilla Regis prodeunt*.

«Ved aquí la enseña del gran Rey;

«Ved como resplandece el misterio de la Cruz.

«Hé aquí el misterio que nos muestra un Dios clavado en una Cruz.

«¡Un Dios expuesto, por causa de nosotros, en un infame patíbulo!

«Ved como mana la sangre del costado del Salvador:

«Mana mezclada con agua para lavar nuestros pecados.

«Cumplidas están ahora las palabras de David.

«El Rey profeta habia dicho á las naciones:

«Por el madero reinará Dios.

«¡Oh árbol resplandeciente y bello!

«¡Árbol que el Rey de los reyes ha mojado con su sangre!

«Árbol privilegiado, tú fuiste escogido entre todos los otros;

«Y tú tocaste los sagrados miembros del Santo de los Santos.

«¡Oh, cuán dichosas son tus ramas!

«Ellas sostuvieron al Redentor del mundo;

«Y en ellas el divino cuerpo fué pesado como en una balanza, y arrebató al infierno su presa.

«¡Salve, oh cruz, única esperanza nuestra!

«¡Oh cruz, en estos dias de la Pasion,

«Aumenta la piedad en los corazones de los justos;

Alcanza el perdon de los pecadores!»

Estas últimas palabras las oiremos repetir con frecuencia durante los santos dias que van á transcurrir. ¡Ah! entreguémonos á las impresiones de la fé, y mezclemos nuestras lágrimas con la sangre que derrama nuestro Padre al inmolarse por nosotros.

En el Evangelio del lunes vemos ya que el Salvador olvida casi los tormentos que se le preparan por pensar en la salvacion de sus enemigos, á quienes pide y ruega que se conviertan con estas vehementes palabras: *Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Aún estaré con vosotros un poco de tiempo. Pronto me iré á aquel que me envió. Entonces me buscareis y no me hallareis*.

El martes y el miércoles vemos en el Evangelio cada vez más claramente los perversos intentos de los judios, al paso que el Hombre-Dios, siempre sereno y manso, suspende á su arbitrio el furor de sus enemigos, y prosigue sus afectuosas exhortaciones hasta la hora fijada para la consumacion del sacrificio.

El Evangelio del jueves nos da á conocer en toda su grandeza la paternal misericordia del Salvador. La pecadora arrepentida, despues de haber regado con sus lágrimas los pies del divino Redentor, mereció oír de su boca estas palabras: *Perdonados le son sus muchos pecados, por que amó mucho*. ¡Oh Jerusalem! si tu quisieras, algunas lágrimas de arrepentimiento te bastarian para ser perdonada: esto decia el Salvador á los judios con aquel milagro de misericordia: tan cierto es que nuestro Dios es tardo en castigar, y que no castiga sino con harto pesar suyo, y despues de haber apurado los medios de convertir á los pecadores empedernidos.

¡Y á este Salvador tan bueno quieren los judios condenar á muerte como un malvado!

Sí; y el Evangelio del viernes nos refiere ya las deliberaciones, los debates y los votos de aquel horrible Consejo en que se decretó la muerte del Hombre-Dios.

El sábado de Pasion, el Evangelio nos refiere la cena del Salvador en casa de Lázaro, á quien acaba de resucitar; el paso en que su hermana María unge los pies del Hombre-Dios con un ungüento precioso, y las tiernas palabras con que el divino Maestro dispone á sus discípulos para la más cruel de todas las despedidas.

MARÍA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Mulier, ecce filius tuus.
(Mujer, he aquí tu hijo.)
Joan 19.

Junto al pié de la Cruz alza María
su inmaculada y amarilla frente,
y el llanto abrasador de la agonía
brotó empañando su pupila ardiente:
en el rostro del Hijo con porfía
inmóvil fija su mirar doliente,
y espera con el alma desgarrada
un postrimer adios, una mirada.

Y al fin la luz de los divinos ojos
que su esplendor al día le otorgaron,
y al estenso erial lleno de abrojos
galas con su hermosura le prestaron,
ya del dolor tristísimos despojos,
de María en la frente se fijaron,
mientras su labio que la muerte helaba,
«Mujer, mira á tu hijo,» murmuraba.

Al nombre de *Mujer*, estremecida
la triste Virgen aumentó su duelo,
y brotó de su alma dolorida
ancho raudal de llanto sin consuelo:
sin esperanza en su dolor, sin vida,
alza sus ojos con afán al cielo,
y en su martirio sin igual exclama,
«Mujer y madre no.... Mujer me llama.....!»

¡Mujer...! Mujer.... cuando mi vida diera
por cada gota de tu sangre pura;
cuando anegan mi alma en lucha fiera
indefinibles mares de amargura;
cuando solo por tí beber quisiera
la horrible copa que tu labio apura;
cuando al pié de la Cruz temblando espero
tu última aspiración, tu adios postrero.

¡Mujer! cuando contigo el alma mía
está clavada en el madero santo,
y del Calvario la sangrienta vía
regó con creces mi doliente llanto;
Cuando la luz de mi sereno día
perdió en tus ojos su divino encanto;
cuando en el mundo para mí no hay calma,
¡me dices Tú, *Mujer*, Hijo del alma!!!

¿En qué pudo ofenderte mi ternura,
inmaculado amor de mis amores,
que al contemplar mi afán y mi amargura
aumentas con tu acento mis dolores?
¿Por qué separas tu mirada pura
de mi marchita frente sin colores?
¿por qué en tan triste y angustioso instante
no dices, *Madre*, con tu voz amante?

¿No tomaste en mi seno forma y vida?
¿no fueron mi alegría tus hechizos?
¿no envidiaba á la brisa, estremecida,
cuando besaba tus suaves rizos?

¿no cerqué tu existencia bendecida
de los cuidados á mi amor precisos,
y en el feliz Belén, con dulce empeño
no guardé siempre tu inocente sueño?

¿Y de tu duelo y tu Pasión, do quiera
no he sido por mi mal mudo testigo,
y sola y triste en mi congoja fiera,
tu lenta huella en mi aflicción no sigo?
¡Oh! ¿no existe una madre, una siquiera
que el llanto á compartir venga conmigo?
¿No hay consuelo á mi mal? ¡el que me ame,
que Reina de los Mártires me llame!»

Aquella voz doliente y cariñosa
hirió del hijo el corazón amante,
y una mirada lenta y dolorosa
fijó de la Señora en el semblante;
vió su pena insondable y angustiosa,
y con voz apenada y espirante,
dijo á la triste Virgen desolada:
«sé Madre de los hombres, Madre amada:

Sé de sus noches argentada luna,
sé claro sol de sus tranquilos días,
embellece su misera fortuna
y preside sus dulces alegrías:
sus lágrimas contando una por una,
ven á ponerlas á las plantas mías,
que si tu amor, Señora, las abona,
perlas se harán de su inmortal corona.

No tienen en el valle de la vida,
que cruzan entre afanes y dolores,
mas cierta protección, mayor egida
que tu santa clemencia y tus amores:
por Tí, Madre dulcísima y querida,
olvidaré su culpa y sus errores,
y á influjos de tu ruego soberano
gracia y perdón derramará mi mano.

Ya dí mi sangre, mi existir, mi aliento,
por esos hijos que te entrego ahora,
y tanto, y tanto amor por ellos siento,
que aun quiero darles mas en esta hora;
prenda de inmenso precio y valimiento
cual ninguna eres Tú, bella Señora,
y yo les doy tu amor; desde este día
sé Madre de los hombres, Madre mía.»

La Virgen de Sion, la flor bendita,
la rosa en el Calvario deshojada,
mostró su frente pálida y marchita
en sus amargas lágrimas bañada;
y en medio del tormento que la agita
dijo á los hombres con su voz sagrada,
«Yo os cubriré con mi divino manto,
mas hoy venid y acompañad mi llanto.»

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.